

PERSPECTIVA DE RUMANIA

EL 1 DE DICIEMBRE

El 1 de diciembre de 1918, Transilvania quedó unida a Rumania tras siglos de batallar para esa unión. Unión que significó algo así como aquella del Reino de Granada al resto de España en 1492: el remate de una nacionalidad. Sólo que Granada no volvió a separarse de su nación. Mientras Transilvania, con su nación entera, desapareció a los pocos años, tras 1945, bajo el poder de Rusia. Lo cual no quiere decir que todos los rumanos hayan desaparecido: perecido. «Rumânul nu piere!». Unos: pegados a la Tierra Madre, escondidos por los Cárpatos; otros: infiltrándose por aire, mar o bosque para luchar, y otros: dispersados por Occidente. Los rumanos esperan, una vez más en su trágica historia, la liberación de su patria. Que llegará. Que está quizá muy próxima.

Con los rumanos exilados en Madrid nos reunimos el 1 de diciembre algunos de sus amigos españoles, para darles este ánimo seguro. Asistiendo a la misa de rito oriental que se dijo por la mañana en las Salesas, oficiada por el admirable Padre Mircea, quien supo evocar más tarde la tormenta religiosa de su patria, el martirio del obispo Vasile Aftenie, el de monseñor Joan Suciú y el de otros campeones de la fe cristiana en un ámbito como el comunista rumano, donde fué suprimido el Catolicismo desde otro 1 de diciembre, el de 1948, y perseguidos sus tres y medio millones de fieles y anulados sus seminarios, monasterios, parroquias, iglesias, instituciones benéficas, periódicos, editoriales y asociaciones pías.

Pero el Catolicismo rumano no perecerá. Porque Rumania no perece. Y esta proclamación es la que la misma tarde del 1 de diciembre lancé yo desde el Círculo Medina de la Falange en Madrid. Proclamación que ahora intentaré redactar y concentrar en estas líneas.

EL NACIONALISMO, CLAVE HISTÓRICA

Y no parece Rumania porque un germen nacionalista *no perece*. Nunca perece. Tiene razón Horia Sima en su apasionante librito sobre el *Destino del Nacionalismo*, publicado hace dos años en París: «El Nacionalismo es el elemento creador de la Historia.» Y no «lo nacional», que es Natura, sino «lo nacionalista», que es Cultura. Espíritu. Por eso hoy puede salvar a las Democracias, ayudándolas.

Y el espíritu rumano sigue pugnando hoy como en tiempo de los fanariotas y de los magiares y de los pechenegos. Con nuevos bravos Migueles y nuevos Decebalos, con muchachos que un día sí y otro también se filtran por las fronteras aceradas de su patria o se dejan caer desde el aire para sembrar alarma y confusión en el enemigo y valor y esperanza en el compatriota sumiso. Y para ser fusilados como esos quince del 1 de noviembre, cuyo proceso bocineó la propaganda comunista sin poder ocultar el heroísmo de ese Frente de Juventudes rumano que sabe hoy, como supo el nuestro antes de nuestra guerra, morir con la risa en los labios y con la canción de Patria mientras se agoniza. El Nacionalismo es la incitación de la Historia. Su clave. Clave de Libertad. El Hombre no mueve su más íntimo y arriesgado resorte por palabras abstractas, enormes, sin fronteras: ¡la Humanidad!, ¡el Occidente!, ¡el Anticomunismo! Sino por lo concreto, por lo razonable, lo fronterizo: por Granada, por Dantzig, por Alsacia, por Trieste, por Gibraltar..., por Transilvania.

TRANSILVANIA

Yo estuve en Transilvania tras su unión nacional. Y hablé en su Universidad de Cluj antes de salir para Viena la antigua patrona de aquella, al fin, redenta «Tara romaneasca». Bebí su vino de Tarnava. Comí truchas y timalos de sus lagos. Y mi fibra de ibérico se estremeció ante este Ardeal que resistió al romano tres siglos después que Numancia la ibérica. Pero mi alma, mi cultura romanísima de castellano, se encendió de orgullo cuando pensó que un ibero romanizado —Trajano— había salvado en el año 101 para la romanidad aquel castillo carpático de rocas y corazones. Ciuda-

dela de montes, corona montium, el «tras los montes», que eso significa Transilvania. Desde los que se ve nacer el sol, como cantara nuestra elegía de Itálica. El mismo sol que muere en los otros «Tras os montes», los ibéricos, los vespérales, o vespéricos y hespéricos de Portugal.

Transilvania —la Ardeal primitiva— fué para Rumania como fuera para España nuestra Celtiberia. Una alta meseta de sierras y bosques con fortificaciones indígenas que se batían hasta morir antes que entregarse. Sarmisegetusa, como Numancia. Decebalo, como Viriato. ¿Tierras bárbaras? ¿Bárbaras gentes? No. Tierras con culturas primarias. Con cuevas paleolitas —de Altamira en Cantabria, de Cioclovina en la Dacia—. Con cerámicas y utensilios de un buen neolítico. Y con dioses, reyes, sabios y héroes donde la fábula se confundía con la tragedia histórica. Porque la historia de Transilvania se identificó con la gran historia de la Rumania en sus tres momentos unánimes: el fundacional de Trajano en la Antigüedad. El renacentista de Miguel el Bravo. Y el liberal de Bratiano en 1918. Por eso la historia de Rumania al ir ligada a la de Transilvania, al Ardeal de Trajano, va ligada a lo español. Como lo español va ligado a lo romano cuando —rota la romanidad— en el Medievo surgió entre nosotros el mito gótico o mito dálico, que llegaría hasta hoy mismo. Como hoy mismo llega hasta Rumania —la Rumania soviética— la sombra de Trajano, liberadora. el mito «troyano» de! Occidente, quizá en las manos tácticas de un Eisenhower.

IBEROS Y GETAS

¿Quiénes fueron los iberos y quiénes los getas? Sólo podemos afirmar que poblaciones inmediatamente prerromanas de Dacia y de Iberia. Las ibéricas con héroes fabulosos como Abys o Avil. Y las dálicas, como Zamolxis. Ambos, míticos civilizadores. Abys o Avil, que fundara el reino que luego sería Avila, la Castilla de Isabel, con atributos de flechas o rayos jupiterinos, como los isabelianos de 1492. Y yugos pastoriles de cultura agrícola. Así Zamolxis, el solitario Zaratustra de la Montaña cárpata, y también con la emblemática de la flecha gética y del yugo vaquero. Seres —Avil, Zamolxis— emparejables al Agni de la India, al Osiris de Egipto, al Teseo de Grecia, al Gerion de Andalucía... También con reyes

legendarios: como Argantonio el de la Bética y Burevista el de Dacia; éste con un consejero, el famoso Diupaneo, cuya sabiduría proverbial encontraría eco —siglos después— en aquel nuestro Patronio del Conde Lucanos... Y también con insurgentes guerrilleros como el Viriato celtibérico y el Decebalo transilvano.

Dacia e Iberia eran los «límites» del orbe romano antiguo. La una donde «se veía del sol la cuna». Y la otra donde el sol tenía de ocaso el jardín de las Hespérides. Dacia en contacto con el Asia. Iberia, con el Africa. Las dos amenazas de lo romano. El mundo tracio, del que los getas, al decir de Herodoto, eran «los más valientes y justos». Y el mundo cartaginés, que presentó batalla a Roma desde la Península, llegando con Aníbal hasta las puertas del Tíber.

EL MITO TROYANO

Probablemente desde la Prehistoria hubo por Dacia y por Iberia lucha entre Occidente y Oriente. Una hipotética raza aria debió ya, en épocas remotas, reaccionar contra la amenaza de lo asiático, llegando hasta la India y provocando epopeyas como la del Ramayana.

En tiempos griegos esa fué la raza de Aquiles venciendo a la tracia Pentesilea. Los aqueos lucharon ya con las amazonas (las antecesoras de las milicianas rusas actuales que hoy cabalgan en tanques en vez de corceles). Homero habló de los tracios ante los muros de Troya. De la Troya de donde escaparía Eneas para llegar a Roma y crear la Urbe de donde surgiría el cesarismo, encarnado al fin por el cordobés Trajano. Que marchó a la conquista del Eúfrates y del Rhin y luego del Danubio, sintiendo en su destino ese mito troyano de la Defensa de Occidente contra el Oriente: el mismo que animaría en el Medievo a los Cruzados; y en el Renacimiento a Carlos V y a Hernán Cortés; y en el Romanticismo a Napoleón; y hace unos años a Hitler, y hoy a un Mac Arthur...

TRAJANO O LA DEFENSA DE OCCIDENTE

En este año nuestro se cumple precisamente una conmemoración casi bimilenaria de Ulpio Trajano el Crinado, el del hirsuto pelo ibérico. Trajano el cordobés. El de la tierra de Séneca y Lu-

cano en lo Antiguo. De Alvaro, Averroes y Maimónides en el Medioevo. De Mena y el Gran Capitán en el Renacimiento. De Góngora en el Barroco. De Rivas, de Valera en lo Moderno. Y de toreros como Lagartijo y Manolete. Planta de Gran Capitán y de torero debió de tener ese cordobés cuyo nombre de Trajano —traiano— sonaba a Troyano, a destino mítico.

Trajano debió de aplicar estrategia a lo Fernández de Córdoba y gracia de lidiador para lancear y domeñar a la bravía Dacia, que tenía forma de testuz, con sus cuernos carpáticos. Ya Roma había intentado, como antes Grecia, torear a esas tierras. Alejandro tanteando a los getas y brindando sacrificios al sagrado Istro, al divino Danubio. Y luego Roma enviando frente al mugir dáxico un general como Curio, que dió una espantada, al decir del hispano Floro, según nos reveló el profesor Busuioceanu: «Curio Dacia tenus venit sed tenebros saltuum expavit.» Después tornó Domiciano, pero también hubo de replegarse ante el terrible Decebalo. Tuvo que llegar el temple estoico de nuestro cordobés, con su ejército de honderos baleáricos y de celtiberos para mancornar al Danubio y ponerle el yugo de un puente construido por su gran ingeniero Apolodoro. Y escalar los riscos, y perforar los bosques, y desmantelar los fortines transilvanos destruyendo la Numancia de Sarmisagetusa. Y fundando «villas» como Alba Julia. Y dando nombre de «villicis» a aquellos villarinos rebeldes cuyo nombre se perpetuaría en el de «velches» o «valacos» continuadores en el Medioevo de la misión trajanea, creando la «Valaquia», la Castilla dáxica. Pues en aquella Valaquia persistían los colonos o «villici» que sembrara Trajano y de los que hablara Eutropio: «Trajanus victa Dacia ex toto orbe romano infinitas eo copias hominum trasulerat ad agros et urbes colendas.» Y con aquellos colonos la lengua romana.

«Gran Padre de la Patria, Trajano. Honor de España.» Y honor de Rumania. Y cuyas hazañas contaría al mundo mejor que un Dion Casio, la Columna Trajana del Foro romano donde aún pasan, como un film de piedra, en fotogramas enrollados al granito, las escenas de aquel magno escenario, de aquella colosal Defensa de Occidente haciendo que los getas o dacios se convirtieran a la romanidad. Y que de la tenebrosa Getia surgiese la Dacia Félix, ya dando a Roma soldados, mieses, ganadería. Y hasta cuatro Emperadores: Maximiano Hércules, Maximiano Galerio, Maximiano Daia y Licinio. Tal como hiciera Iberia.

EL PELIGRO DEL ESTE

Pero la defensa del Occidente duró cuanto duró la tensión defensiva de Roma. Hasta que el Emperador Aureliano hubo de repléjarse elásticamente por la Mesia, dejando a los godos —sus amenazadores aliados— y herederos de la solera gética: cuidando de aquel relajado «limes» o frontera de la Dacia. Al citado profesor Busuiocanu, magnífico y permanente agregado cultural de su país, debemos el haber exhumado algunas citas de españoles antiguos alarmados por el nuevo peligro del Este que tras los getas constituían sus herederos los godos. ¡El eterno terror hacia el Este! En Europa.

El aragonés Marcial ya había aludido al «Misterio dárico» como tierra ursina, con el terrible delta danubiano o salvaje Peuce y el tremendo Istro o Danubio atravesado sobre su hielo invernal por uñas de caballos invasores.

Hiberna quamvis Arctos et rudis Peuce
et ungarium pulsibus calens Hister

Lucano —el paisano del crinado Emperador—, en su *Farsalia* también se estremecía pensando en la bárbara Cone, en el anegador Istro, en la implacable flecha gética. Y con ese instinto anticipador del vate que se llama vaticinio vió a dacios y getas cayendo sobre los iberos hasta el punto de que luego su verso sería interpretado por San Isidoro como una profecía cumplida: «Hinc Dacus premet inde Getes occurrat Hiberis». El «día fatal» del que hablara otro genial cordobés, Séneca, presintiendo al Danubio desencadenado y anegando con sus gentes tierras y ciudades. (Como pocos siglos más tarde se hablaría del «peligro mahometano» y en el Renacimiento del «peligro turco», y en nuestros días del «peligro ruso», así entonces se vió desde Roma «el fin del mundo» a manos de los rubios godos hechos getas, al decir de San Jerónimo: «Getarum rutilus et flavus exercitus».)

EL MITO GÓTICO

Pero los getas hechos godos, o los godos heredando a los getas («Getae illi qui et nunc Gothis», al decir de nuestro Orosio;

«Dacia ubi et Gothia») no iban a ser tan espantosos para España. Al contrario. Por uno de esos misterios que se dan en la Historia quitándola «causalidad» e impregnándola de «religiosidad», los dálicos o góticos invasores de España, como si trajeran consigo la gratitud inmensa de haber sido «nacionalizados» en Dacia por un español, lejos de asolar Hispania la rehicieron, la refundieron en Monarquía, en Nobleza, en Catolicismo. En fecundidad, al decir de nuestro San Isidoro: «Geticae gentes gloriosa fecunditas.» Y desde entonces hasta hoy mismo, el mito gótico alucina nuestras venas ibéricas haciéndonos olvidar, a veces, que iberos y dacios no tenemos de veras otra gran aristocracia sino la del romano, nuestro Padre común, espiritualizada por el Cristianismo. Y que todo lo demás es dorada barbarie.

Pero para lo que yo quiero ahora demostrar —la hermandad ininterrumpida de rumanos y españoles en la Historia— es interesantísimo rememorar este persecular mito gótico en lo hispánico.

Idacio y Orosio —nuestros dos primarios historiadores cristianos—, pasado el primer momento de terror ante el rútilo invasor, vieron en él un amigo, un fermento regeneracionista, para aquella decadencia romanocatólica de los siglos IV y V, donde ya sólo tenía función —tiránica— el exactor de tributos. De ahí: de perder el miedo, a pasar al entusiasmo goticista sólo quedaría un paso. Y ese paso lo dió San Isidoro, cuya *Historia Gothorum* constituyó la primera *Historia de España* (España: que estuvo a punto de llamarse Gotia). La primera Historia de una nación que nace, de una patria que surge. *Gothorum gens ac patria*.

Si los españoles que fueron con el emperador Trajano fundaron el germinal nacionalismo rumano, allá por el siglo II de Cristo, los dálicos que vinieron con los reyes godos, fundarían nuestro primer patriotismo. Y desde entonces, en marcha esos dos movimientos nacionalistas y de acuerdo con Horia Sima, España y Rumania ya no pueden perecer.

El entusiasmo goticista isidoriano no lo perderían los demás historiadores medievales de España, como dijo Menéndez Pidal. Giménez de Rada, en el siglo XIII, sigue identificando Gotia o Dacia con España. Y Alfonso X el Sabio ya habla de los héroes dálicos en su *Crónica general*. Habla de «Zamolsen, muy sabio a maravilla en la filosofía, según cuentan las historias». De «Boruiста, el gran rey que tomó las tierras a los germanos». Del consejero «Dicineo que mudó (entre los godos) las costumbres que tenían enton-

ces, no tan buenas». De las «Amazonas que vivían aún en Tamer (hoy Costanza) y por razón de ellas es llamada aquella tierra Feminio». De «Decebal», al que denomina «Dorpaneo». Y por vez primera, desde los historiadores clásicos, Alfonso X nombra a Trajano, con vestido gótico como en las miniaturas coetáneas se representaban a los antiguos. Y es que el mito gótico rehuyó siempre que pudo la prioridad romana. Así, en el romance castellano Alfonso el Sabio dió la orden de preferir el elemento vulgar (o gótico) al culto o latino. El propio Isidoro había dicho: «Roma, vencedora de todos los pueblos, debió servir ya como fámula y aceptar el yugo del triunfo gético». Los cronistas y tratadistas en sus preámbulos y elogios a reyes y magnates, siempre encontraban un antecesor dácico para insuflarles límpida sangre. Fernán Pérez de Guzmán, en el siglo XV, cantó junto a Viriato: a Trajano. Y al exaltar al fundador de nuestra Monarquía, Don Pelayo, le hizo descender de Gotia.

Desta pequeña centella
gótica, se encendió
tanta lumbre, que alumbró
a toda España...

La centella gótica refugiada en Asturias daría nacimiento a la Monarquía hereditaria de España con el Principado de Asturias. Y a toda la hidalguía, de «la Montaña» (la Transilvania, el Ardeal hispánico):

Para noble nacimiento
hay en España tres partes:
Galicia, Vizcaya, Asturias,
que «la Montaña» se llama...

De esa Montaña salieron los grandes guerreros y poetas de la Reconquista. Nuestros mejores escritores se gloriaban de ello: Mena, Santillana, Manrique, Lope, Cervantes, Calderón, Quevedo.

Aun en el democrático y racionalista siglo XVIII, aún decía Fray Diego González del astur Jovellanos:

Jovino, descendido
de claros y altos reyes
que del bárbaro yugo redimieron
al fiel pueblo oprimido.

La memoria dácica no se perdió a través de lo gótico. Nuestro máximo poeta del Renacimiento, Garcilaso, tuvo conciencia de ello cuando atravesó el «Danubio, río divino, que por claras naciones iba corriendo». Y el Obispo de Mondoñedo, Fray Antonio de Guevara, consejero de Carlos V, logró la fortuna de escribir una página sobre el *El villano del Danubio*, que además de inspirar comedias como la de Hoz y Mota llegó hasta Lafontaine. Era un grito de libertad proclamado por un humanista español, disfrazado de pastor rumano, ante un emperador. Otro enlace del Renacimiento hispánico con lo rumano se dió plásticamente. ¿Qué fué el Greco sino un bizantino cuyos hieráticos, adelgazados santos no son sino iconos bizantinos pasados por el color veneciano de Tintoretto? Sin ver pinturas como las del monasterio de Voronet no pueden entenderse los cuadros abizantinados de Domenico, el griego de Toledo.

El mito gótico pasó a nuestra América. Ercilla describía a los conquistadores de Arauco como Idacio a los getas: «Blancos, rubios, espesos, bien barbados». Y Quevedo dijo que «Colón pasó a los godos al otro lado de esta bola». Y aún se llaman «godos» en algunas Repúblicas hispanoamericanas a los españoles.

El mito gótico siguió en el romanticismo con la *Novela histórica* a lo Walter Scott. Y reverdeció en la Filosofía con Sanz del Río. Y en el siglo XX Ortega y Gasset hizo depender la invertebración de España de una deficiente sangre gótica.

Gracias a que Ramón de Basterra, el genial vaticinador del Falangismo, por 1921, marchó a Roma y a Bucarest para poner las cosas en su sitio con *La obra de Trajano*. Y luego yo, en 1930 y 1931, para poder escribir, tras ver y amar a Rumania, mi *Genio de España*.

EL MITO TRAJANEO EN RUMANIA

Mientras en España el mito gótico salvaba nuestro enlace con las tierras dácicas en esas géticas tierras, el mito trajaneo o romano impulsaba la continuidad de su historia para que el rumano no pereciese. *Rumânul nu piere!*

A Rumania, después de los godos —de aquellos primarios austriacos— habían llegado las oleadas eslávicas: los gépidos, los ávaros, los búlgaros, los pechenegos, desde el siglo V al X. Era la «in-

vasión alucinante», el peligro terrible del Este, la revancha del Asia prevista por Lucano. Pero el puente de Trajano sobre el Istro, con sus tajamares —si ruinoso—, seguía en pie. (Aún se conservan hoy sus vestigios.) Eso quiere decir que el medievo rumano no fué muy distinto del medievo hispánico.

En Hispania la Reconquista, frente a la invasión africana, creó dos reinos esenciales: el de Castilla y el de Aragón. Así, en la Dacia surgieron los dos Principados axiales de Valaquia y Moldavia.

La Reconquista española iba recuperando viejos cristianos sumergidos entre los árabes, hasta el punto de que había adoptado el «rito mozárabe». Así, el contacto de lo rumano con lo búlgaro llevó al rito ortodoxo y al alfabeto cirílico (como entre mozárabes o mudéjares al aljamiado). En España se fué formando el linaje noble de los hidalgos. En Rumania, de los voivodas y boyardos. En España, los diferentes grupos en lucha contra los árabes formaron reinos e islotes. Así en Rumania: los del Norte y los grupos del Sur, macedorumanos, hasta el Adriático. En España fueron brotando las figuras, entre legendarias e históricas, por la unidad de la nación: Bernardo del Carpio, Fernán González, el Cid. En Rumania, un Radu Negru. Y en la lucha plurisecular contra lo asiático (húngaros, turcos, eslavos) se fué forjando la nación rumana como se forjó la española contra los árabes desde Don Pelayo hasta Isabel y Fernando, siglo xv. En Valaquia, un Mircea el Viejo; en Moldavia, un Esteban el Grande. Preparando a Miguel el Bravo a fines del xvi que, aunque fugaz, realizó la segunda unidad de Rumania tras la lograda por Trajano.

OTRA VEZ EL ESTE CON LOS TURCOS

España había logrado, tras siete siglos, expulsar de la Península a la invasión arábiga. Pero hubo de enfrentarse —siglo xvi— con otro poderío del Este: el del Turco. El mismo con el que luchaba Rumania. Sólo que España con su victoria de Lepanto (1571) lo alejó de sus costas. Mientras Rumania hubo de combatirlo día a día esperando que otras potencias como el Imperio ruso y el austrohúngaro se enfrentaran con el osmanlí de Constantinopla, costándole a Rumania jirones entrañables de territorios que pasaron a

los rusos (Besarabia) y a los autrohúngaros (Bukovina, Crisana, Banato, Maramures y la preciosa Transilvania). Mientras en España el Renacimiento crea la unidad y la sed de Imperio y brota una Edad de Oro en las Letras y en las Artes y en la Cultura y se conquista América, en Rumania la batalla de Mohacs somete a duro yugo turco la nación (salvo ese período unificador de Miguel el Bravo, 1593-1601). Mientras la Contrarreforma del XVII llenaba el Imperio español de iglesias, de santos y de artistas, los voivodas rumanos pugnaban con esclavitud de la sublime puerta, desarrollando sólo una literatura eclesiástica, de Mester de Clerecia, sustituyendo sólo en Valaquia por Mateo Basarab el viejo lenguaje eslávico por el rumano. Mientras el siglo XVIII para España —aunque de decadencia imperial— es de pura europeidad neoclásica, Rumania tiene que soportar el más triste período: el de los fanariotas (1712-1821), griegos insaciables al servicio de Turquía.

Es entonces —ya en el siglo XIX— cuando Rusia interviene contra los turcos apoyándose en los dos Principados de Valaquia y Moldavia. Y cuando brillan algunos linajes como los Sturdza (hoy en Madrid sus ilustres descendientes) y los Bibesco. La marcha hacia la unidad rumana no comienza sino en esa época del romanticismo europeo; justo cuando empezaba a relajarse la unidad española tras la guerra napoleónica que dejó un viento de libertades y autonomías, desintegrándose la América hispánica y amenazando de secesión regiones españolas como la catalana y la vasca. El romanticismo europeo alienta la libertad de Rumania en su literatura, la tutela griega visible todavía en Vacaresco (fines del XVIII), para buscar ahora su inspiración, los nuevos poetas, en la entraña popular y nacional. Y así surgen los dos vates primarios del nacionalismo romántico rumano: Alexandri y Eminescu. La lengua, que empezó desde principio de siglo a sustituir los caracteres cirílicos por los latinos, acentúa esa latinidad esforzadamente.

Por fin, la paz de París (30 de agosto de 1859) liberó a Rumania del protectorado ruso, pero no aún de la tiranía turca. Sin embargo, el 8 de diciembre de 1861 se constituye un Estado con el nombre oficial de Rumania. Estado que no logra su independencia hasta 1877 a costa de que Rusia se quede con Besarabia, mientras los Imperios centrales dominan otras zonas, entre ellas la de Transilvania. Las dos capitales hasta entonces existentes, Yasi y Bucarest, se unifican en esta última. Los Henzollern eran los dinastas de

esta Rumania oficial y tuvieron el acierto de destacar a Juan Bratiano, líder de la tercera unificación rumana, que sólo pudo llegar tras la guerra mundial de 1914, en 1918.

AQUEL DÍA FELIZ

Aquel día feliz del 1.º de diciembre de 1918 tuvo un espectador excepcional por parte de España: el poeta y diplomático Ramón de Bastera, que nos dejó emocionada memoria del suceso. «Apareció la villa colgada de tapices y oriflamas. Hinchía las calles el gentío; las hileras añiñadas de los colegios vitoreaban a los galoneados uniformes. A las diez entraban en la ciudad Sus Majestades los Reyes y el Generalísimo de los Ejércitos del Danubio, Berthelot. Desfilaban a la zaga real las tropas rumanas con banderas desgarradas y músicas rudas, seguidas por las francesas al son de sus tropetas, que gallardeaba secular elegancia. Aguardaba, umbral abierto, la Iglesia metropolitana, a cantar el Tedeum en su menuda cueva azul estrellada de oro... Montadas Sus Majestades a sus tronos nos arrodillamos un puñado de almas. En Oriente la muchedumbre queda fuera del templo, A esa hora misma se congregaban en Alba Julia, ciudad de Transilvania, doscientos mil delegados de la raza rumana de tras los montes, quienes acordaban la unión de su tierra a la Corona de su pueblo... Separado por la cordillera, hasta entonces austríaca, el pueblo rumano acababa de tomarse de las manos... y me parecía danzar su baile nacional llamado «jora» trazando inmenso corro alrededor de los Cárpatos.

»El primer paso del Presidente Juan Bratianu fué acercarse a la Misión de España que, en la solemnidad de su patria, España tenía parte sobremanera, pues lo presenciado no era, al cabo de los siglos, sino consumación de la empresa de Trajano... A su vez, el ortodoxo señor Arzobispo, quien pasados unos meses sería el primer Papa nacional de la Rumania grande, acercándose a mí pronunció cortésmente las dos solas voces que conocía de nuestro romance: "¡Viva España!"».

«SORA NOASTRA»

Volví Rumania a sus orígenes «romances», de Roma, aunque los franceses pretendieran llamarlos «latinos», que es por donde

ellos filtran su galicismo, por ese absurdo nombre de «latinismo», equiparándolo a «génie de la France». Ciertamente que a Francia debían la ligereza picante de Bucarest, el esnobismo de los petimetres «bonjouristes», sus escaparates de novedades literarias y los besos militares del General Berthelot a los jefes y oficiales rumanos. Pero la verdadera hermana de Rumania —existiendo la paternidad de Trajano— no era Francia, sino España. ¡*Sora noastra!*

Su pasión por el color era española. Tenía razón Basterra, que Rumania se embriagaba con el color, como otras tierras con el vino. Yo recuerdo en mis dos visitas a Rumania, por 1930 y 1931, que por todas partes establecía nexos y abrazos entre mi patria y ese país. Por vez primera comprendí que la arquitectura misteriosa de Santa María de Naranco en Oviedo hundía sus orígenes en los peraltados miradores de columnas que vi, por ejemplo, en el monasterio de Vacaresti. Y que lo mudéjar español tiene su fraternidad en el bizantino rumano: el mismo horror al vacío, a la línea pura; la misma pasión por el adorno, por la lacería, por la filigrana. Torres aragonesas y las de Zamka o Yasi me parecían de la misma sangre estilística. Las mujeres de Lagartera, por ejemplo, van vestidas en España con la misma delicia y pesantez de bordados y con el mismo delirio por una Naturaleza geometrizada. El baile nacional, «la jora», en rueda, rememoraba la sardana catalana, originarios quizá ambos bailes de las rondas helénicas, quizá prehistóricas, de una danza astral y mágica. Los molinos, con plurales aspas triangulares, de la Dobrucha, eran los del mar Menor por Cartagena; y los de Besarabia, como los manchegos de Criptana (*mori da vant*). Las barracas de adobe, cal y paja, con los hombres en zaragüelles blancos a la puerta, fulgían como las de Valencia. Bucarest era una capital un tanto ligera e improvisada como la de Madrid, pues en Rumania como en España las capitales solariegas y gloriosas están en las provincias. Y hasta el insignificante y gracioso Damboviza recordaba al Manzanares. Me decía Busuiocanu, que nombres tenidos por españoles son dacios, como el de Suintila el rey godo y otros. Y yo le apuntaba que las «bordas» pirenaicas, pastoriles, se llaman en los Cárpatos «bordei»...

La lengua rumana era mi obsesión, adivinando en ella romanidades y dialectidades hispánicas... «Eu sunt român»... «Bun vinu»... «Ascultati»... «¡Ce frumoasa!»... «¡Lásame in pace!»... Al dolor rumano lo llaman con saudade portuguesa, «dor». «Tara mea de dor» (Tierra mía de dolor...). En la lengua rumana —como

en todas las lenguas— se sentía la historia en sus estratos vivos... Así, el eslavismo reflejando psicosis de locura y furor o melancolía: «Ofta» (suspirar), «bolnav» (enfermo, triste). Se adivinaba al patrón húngaro receloso a través de hungarismos como «banui» (sospechar), «giând» (pensamiento)... Al bizantino se le encontraba en términos de cultura: «logofat» (canciller), «dascal» (lector)... Al turco, por su sensualidad y tiranía: «fudul» (orgullosa), «caraghios» (bufón), «chilim» (tapiz), «lulea» (pipa), «catifea» (tela fina, nuestra alcatifa)... Pero al lado de esos alogenismos, la tradición románica en densa abundancia: «masa» (mesa), «rost» (rostro), «frumoasa» (formosa o hermosa), «timp» (tiempo), «capra», «dinte» (diente), «iarba» (hierba), «negru», «inima» (anima) (dormir), «trist», «bun»... Y «nebun» (no bueno, loco)... Y los números «unu, doi, trei»...

Esos romanismos me clarificaban la confusión balcánica de aquella lengua y me hacían llegar hasta nuestra cuna fraterna de Roma.

Pero el español vivía en Rumania no sólo por su latino parentesco con el rumano, sino porque «vivía» intacto, tal como salió en el siglo XV de Toledo o de Andalucía con los judíos sefardíes expulsados en 1492. La lengua «viva» de la Celestina y de Cervantes, que decía aún «paxaro», «fixo», «almodrote», «roscas», «mazapán»... Y tenía nombres de persona como Alcalá, Sevillano, Franco, Bejarano...

Y luego, además del romanismo y del sefardismo, los gitanos, que me transformaban cualquier paisaje carpático en uno del Sacro Monte granadino... También su lengua sonaba a poesía, pues todo lo rumano es poético, como decía Alexandri: «*Românul e nascut poet*»...

Me sentía agusto, como en una casa de parientes. ¡Qué bellos recuerdos! Los compatriotas que allí encontré les pasaba lo mismo y aun más complicadamente. Mi embajador Cárdenas le complació tanto Rumania que se casó con una rumana, y como rumana, maravillosa. Así que él, sevillano, representaba la tierra trajanea uniéndose a la dálica. El completo. También le pasó lo mismo al simpatiquísimo cónsul Beneyto: otra boda iberogética. Estaba allí Agustín de Foxá. Pero éste hacía bodas de poesía, con el paisaje entero y quizá de ese paisaje adquirió su metáfora el sentido de lo sabroso, visual, aromático, sonoro y táctil. Funda una cátedra de español y al llevar a Evaristo Correa Calderón se quedó

impregnado de «sabiduría proverbial», dedicándose hoy al refranero... Recuerdo también a los diplomáticos Soriano, Ferrer... Ya no conocí al bravo Barzanallana, que resistiría hasta la invasión rusa. De rumanos ilustres conocí a Nicolás Iorga para quien llevé una carta de Menéndez Pidal, y a Oprescu, para quien llevé otra de don José Castillejo... El director del *Universul* me atendió mucho... Y el señor Helfant, que hablaba español y vino a España antes de iniciarse la guerra civil, también me acompañaba... Pero mis recuerdos alegres van hacia rumanos populares típicos, cuyo nombre no recuerdo, y que me invitaban y agasajaban y llevaban de excursión...

Recuerdo que hice conferencias de varia lección: para los sefardíes, para el pueblo con películas españolas en el Cine Regal, para las Universidades de Bucarest y de Cluj...

CODREANU, JOSÉ ANTONIO

Rumania... *Sora noastra* (Nuestra hermana). Yo presentía ya que al volver de Rumania y pasar una vez más por Roma iba a surgir mi libro *Genio de España* y con él la incitación a un movimiento ideal emparentado de romanidad con el que entonces empezaba a brotar con el nombre de Guardia de Hierro en las tierras dácicas. No conocí a Codreanu personalmente. Pero sí a muchos de sus camaradas que me lo presentarían y describirían como el José Antonio rumano y como nuestro José Antonio: sacrificado por las mismas oscuras fuerzas... Ya entonces por Bucarest y Madrid —como en tiempos de Lucano y de Séneca— se volvía a sentir el viento del Este. Era la hora de los poetas, de nosotros los vaticinadores. Aquí a España nos vendría luego un paralelo de nuestro Basterra, el diplomático y lírico Aron Cotrus, que escribió una prodigiosa *Rapsodia ibérica*. Y cuando estalló la tormenta y otra vez la flecha gética y la amenaza póntica —en forma de hordas bolcheviques— se lanzaron sobre España, Rumania nos envió no sólo su poesía, sino su sangre: los legionarios de Motza, los que hoy están enterrados en nuestra Majadahonda y a cuya memoria todos los años decimos sobre su tumba una misa a la intemperie, cara al sol de España. Recuerdo vivo el de esos muertos. Para despertar con él —como diría Murasanu— el sueño de muerte en que ha vuelto a caer Rumania desde 1945. Desde que Rusia otra vez la aniquiló.

COMO LA MIES, EL GANADO Y LA ROCA

¿La aniquiló Rusia a Rumania? Geográficamente, pero jamás nacionalmente. Porque «*Rumânul nu piere!*» Por más que de un campo de concentración pase a otro campo de concentración y le parezca llegar esa Hora 25 descrita alucinantemente por Virgilio Gheorghiu.

Yo veo a Rumania identificada a los elementos eternos de su paisaje. Con la mies, el ganado y la roca. Es Rumania como la mies de sus llanuras, que el viento de tormenta abate y hasta troncha espigas. Pero, pasado, vuelven a erguir esas espigas sus cuellos de oro. Es Rumania en sus gentes como sus peculios: como sus ganados: trashumantes. Ya en 976 el cronista bizantino Cedreano les llamaba así: villarinos o rústicos trashumantes (*Valacoio ditai*). Tras otros humus o tierras, cuando el pasto se seca o se incendia. Pero siempre —pronto o tarde— volviendo al redil originario. Y es Rumania como la roca de los Cárpatos, que todo ve pasar y ella permanece. Mies, ganado, roca... Rumania no perece.

LA SOMBRA DE TRAJANO

No perece Rumania porque, cuando una nación ha germinado, nada la extingue. Ni España ni Rumania podrán nunca extinguirse.

Domiciano pudo fracasar al intentar negociaciones de paz, sin llevar la guerra a fondo. Pero Trajano no vaciló y salvó a Rumania. (Quién sabe si tras el Domiciano que fué Roosevelt no significa hoy un Eisenhower la sombra liberadora de un Trajano.)

Yo siento que la liberación de Rumania se acerca. Y que nosotros los españoles debemos pagar a Rumania la sangre que nuestra liberación hizo a heroicos rumanos verter.

Europa volverá a surgir donde el sol ve la cuna. Y como el sol nace todos los días, su luz trae ya el mensaje de esperanza y de vida de una nueva Rumania. ¡Arriba Rumania! «*Rumânul nu piere!*»

ERNESTO GIMÉNEZ CABALLERO